

La primitiva fundamentación de la Política Social: Notas a un fragmento de Gustav Schmöller

Carlos PLA BARNIOL*

¿Por qué recuperar ahora, a tan sólo tres años del fin de siglo, a Gustav Schmöller? ¿Puede aportarnos algo un texto representativo de aquel movimiento burlescamente denominado "socialismo de cátedra", escrito en 1872? ¿Es una mera muestra de arqueología académica, erudición estéril para uso de candidatos a emérito? ¿Acaso otra prueba (más) de que la Universidad vive de espaldas al mundo de los vivos?

Comprendo que existan cautelas del tenor de las expuestas. Sin embargo hay que hacer notar que el texto ahora presentado, del cual la presente es, por cierto, la primera traducción a nuestro idioma, constituye un fragmento emblemático del pensamiento schmölleriano, y que éste, mal que nos pueda pesar, cobra excepcional vigencia en nuestro día para todos a cuantos preocupa la política social. Y ello, por tres razones fundamentales (podrían ser más o menos, aunque dejémoslas en este número simbólico): **Primera.** Porque tanto el hundi-

miento del horizonte mítico de los marxismos, para los cuales el Estado constituía una superestructura teleológica o finalista en última instancia desechable, como el fracaso (parcial) de la revolución conservadora en su intento de dismantelar radicalmente el aparato estatal, sitúa la revisión de la función de éste en un primer plano; **Segunda.** Porque las premisas schmöllerianas mantienen unas reservas sobre la fundamentación democrática del poder que la emparentan (preocupantemente) con las tendencias autoritario-burocráticas del Estado de Bienestar, resultando una fecunda reflexión; **Tercera.** Porque fuimos muchos lo que durante demasiados años creímos que Schmöller "y sus secuaces, los socialistas de cátedra" habían venido al mundo tan solo para que Federico Engels los triturara con el verdadero y genuino "socialismo científico". Nos equivocamos. Y porque no creemos aquello de que "es mejor equivocarse con Sartre que acertar con Aron", lo decimos. Aunque esta razón sea sólo nuestra.

* Profesor asociado de Servicios Sociales en la E.U.T.S. (U.C.M.)

Contexto y significación del Congreso de Eisenach

Antecedentes

El giro de la década de 1860 a 1870 tiene excepcional relevancia en la historia de la reflexión sobre la sociedad y el Estado. Precisamente en él convergen una serie de hechos extraordinariamente significativos: Así, la eclosión de la “Comune” de París (otoño-invierno de 1870) sobre el caos creado por el derrumbamiento del Segundo Imperio muestra al mundo la primera revolución social contemporánea protagonizada por la clase trabajadora y el correlativo desconcierto y repliegue del statu quo, mientras a pocos kilómetros, en Versalles, Bismarck proclama el 18 de enero de 1871 el Reich alemán creándose así el máximo aparato estatal del continente. Así, también coetáneamente Italia culminaba su trabajosa unidad (1869) y España terminaba con la monarquía isabelina e iniciaba su denso “sexenio revolucionario” (1868-74). Todo ello, en un entorno de librecambio emergente y atisbos de globalización del mercado y de la información a través de las ya eficaces redes ferroviarias, marítimas (el Canal de Suez se abre en 1869) y telegráficas. Así, también, la progresiva y gradual extensión del sufragio —tras el fiasco de 1848— a todos los varones sin diferencia de rentas o patrimonios (reformas de Dísraeli en Gran Bretaña, 1867, Olivier en Francia en los años 1860, España, 1868; referéndum de la Unidad Italiana, 1861, Alemania, a

partir de 1871) que abre la caja de Pandora del imperio de la opinión pública y de un posicionamiento político de masas en clave clasista hasta la fecha inédito. Muchos intelectuales concluyeron: ¡Hay que pronunciarse! Y lo hicieron: Nótese que de 1867 data el volumen I de “El Capital” y la difusión masiva de la obra de Darwin (publicada en el 59) y de 1869, dos de las mejores (si no las mejores) novelas del siglo “La educación sentimental” y “Ana Karenina”, así como la tristemente tardía vindicación de Baudelaire (m. 1867) por los simbolistas. El año 1873 verá, a mayor abundamiento, los primeros trabajos de Nietzsche y de Taine, así como el resurgir del criticismo neokantiano de la escuela de Marburgo.

En el contexto descrito era previsible que los intelectuales emergentes reaccionaran contra las ideas instaladas, que ya, más bien, eran “creencias”, en sentido orteguiano. En economía imperaba el pesimismo sobre las inevitables crisis cíclicas y la depauperación necesaria de las masas inherente al análisis de la escuela clásica de Say y Ricardo y sus divulgadores, tanto en línea utilitarista-benthamniana como librecambista (los había hasta en España, sobre todo, desde 1868). De tal pesimismo participaba el propio Marx, que llegaba a convertir la “crisis” en la esencia misma del capitalismo y no en su accidente. Mientras, en política, el liberalismo oligárquico, de resignada resistencia a un avance democrático irremediable eran el tono aceptado (Tocqueville, p.e.), mientras en filoso-

fía deambulaban las brumas schopenhauerianas y de hegelianismo tardío. Un complejo estado de ánimo del que el protagonista de "El Gattopardo", de Lampedusa, es un memorable exponente.

En Alemania, el "Canciller de Hierro", que ya gozaba de una década dirigiendo la política del Reino de Prusia, se aprestaba a construir un sistema sólido, si bien sin manifestarse aún de manera expresa sobre el tradicional estatismo nacionalista germánico (ya teorizado por Hegel y Staalh) o las nuevas corrientes del liberalismo cosmopolita y homogeneizador. Resulta significativo que en 1871, en vísperas del simbólico acto de Eisenach, se produjeran significativos movimientos en los bloques políticos. Tal fue la constitución del "Zentrum", un partido agrario, de aspiraciones proteccionistas y base católica, y la ruptura entre el socialismo marxista y el lassalliano. Para completar el cuadro, en diciembre de 1871 se instituyó en Alemania la unidad monetaria del país, pasando a insertarse el marco plenamente en el entorno financiero europeo. Un grupo de profesores jóvenes universitarios, recién estrenada la treintena, Gustav Schmöller (n. 1838) de la Universidad de Halle, Adolf Wagner (n. 1835) de la Berlín y Lujo Brentano (n. 1844), intelectualmente relacionados entre sí, impulsaban una propuesta ideológica. Todos ellos acababan de publicar su primeras obras: Schmöller un opúsculo contra la libertad de mercado, Wagner el "Discurso sobre la cuestión social" y Brentano un significativo estu-

dio sobre el asociacionismo obrero británico. El periodista Heinrich Oppenheim los despreciaría como "kathedersozialisten" (socialistas de cátedra), adjetivación, como la de "Armada Invencible" que, con el tiempo e invertido su inicial contenido sarcástico, acabaría por designar a toda una escuela económica.

Las premisas del "socialismo de cátedra"

El "kathedersozialismus" se instala metodológicamente en el "historicismo", esto es, en la escuela —originada en los planteamientos de Savigny, al tiempo de la restauración posnapoleónica— que rechaza las premisas del liberalismo internacionalista homogeneizador y unitario y propugna la adecuación de las formulaciones socioeconómicas a entornos concretos, a través del estudio de la realidad y su pasado. Por ello, mantiene que sólo el conocimiento riguroso del pasado a través de la estadística y la crítica, esto es, de un procedimiento esencialmente inductivo, podía permitir formular hipótesis (que no "leyes") económicas. Muy al contrario, los "enemigos" de la escuela, personificados en los llamados "liberales manchesterianos" asumían un inadecuado método deductivo que les alejaba del mundo real y que les conducía a formular pretendidas leyes de "validez universal" que eran erróneas en si mismas y generaban, al incorporarse a la práctica del poder político, unas consecuencias ser nefastas en orden a la preservación social, al depauperar a las ma-

sas, ocasionar enormes desigualdades en la distribución de la riqueza enfrentando clases y desacreditando el aparato estatal, conceptuado con rigor como una entidad favorecedora de privilegios e impotente para resolver problemas centrales de la vida nacional. Los "manchesterianos" construían —según sus oponentes— equivocadamente un "homo oeconomicus" irreal, al margen de su colectividad, ignorando su interacción con ésta, y al margen de las apetencias metaeconómicas y no tan sólo utilitaristas de la especie humana [es curiosa la rebeldía contra el célebre "homo oeconomicus" con la que un egregio lector español de Schmöller, Miguel de Unamuno, antiguo militante socialista, abre su obra de 1912 (en entregas, 1913, en volumen) "Del sentimiento trágico de la vida"]].

La prudencia y los límites del movimiento se ponen de manifiesto al advertir entre sus premisas la desestimación de la intervención directa redistribuidora sobre la propiedad privada, y optar por el gravamen de los grandes patrimonios por encima de las rentas del trabajo, a fin de impulsar la distribución mediata y futura, considerando que el statu quo no podía ser modificado arbitrariamente desde el poder sin crear con ello fuertes tensiones. Se entendía, además, que los sacrificios económicos deberían recaer sobre la sociedad en su conjunto sin crear agravios de imprevisibles consecuencias y que el Estado debería crear un gran sistema de protección social apoyado por un fuerte movimiento sindical y cooperativo,

sustentado en estructuras tradicionales, que hiciera innecesaria la lucha de clases y favoreciera la movilidad social, insistiendo en la política educativa.

La historia —para Schmöller y sus seguidores— no está determinada por la economía, no hay leyes inmanentes a la evolución histórica, sino que muchas veces ésta ha sido a su vez determinada por instituciones jurídicas o sociales de origen voluntarista e incluso sustentadas en creencias religiosas antiutilitaristas. De ésta forma, Schmöller, inscrito en el historicismo, estimaba que el papel de los economistas consistía en acumular material descriptivo y, sólo posteriormente formular, de manera prudente y relativista, interpretaciones teóricas. De esta forma podría evitarse el apriorismo artificioso, y no ajustado al "ser económico" de cada nación, a la estructura de sus antiguas instituciones, las asociaciones tradicionales, las pequeñas empresas, hasta la propia estabilidad familiar que era característico del liberalismo manchesteriano.

El "socialismo de cátedra" incluye, a no dudar, elementos heteróclitos y contradictorios. Hegelianismo en cuanto asunción del Estado como motor, antihegelianismo en cuanto rechazo de contrucciones onicomprendivas; moralismo kantiano en aceptación de la premisa de que siendo el hombre un fin en si mismo no es viable una economía al margen de las normas de la justicia y la moral, rechazo del idealismo del filósofo de Könisberg por su contenido metafísico; "socialismo" (en la concepción de Rodbertus y

Lasalle y no en la de Marx) en cuanto exigencia del intervencionismo estatal, antisocialismo (y no digamos ya, anti-anarquismo) en cuanto rechazo de una articulación social en modulación de clase contra el Estado. No pretende pues el socialismo de cátedra una transformación del sistema de producción, pues asume el capitalismo como el marco socioeconómico de referencia, ni siquiera gradual, como en el caso del socialismo fabiano o revisionista, sino la intervención reguladora del poder público.

Precedente inmediato de estas propuestas lo constituye una línea francesa de pensamiento de la que son hitos el reformismo social-cristiano de Le Play o la obra "L'individu et l'Etat" (1895) de Dupant-White, si bien resulta obvio el entronque con una tradición estatalista y nacionalista de procedencia fichteana. Así St Marc subraya, en su estudio de 1892, (véase bibliografía) el precedente que constituye la obra de Liszt "Das nationale system der politischen oekonomie" (1841) y, sobre todo, las de Guillermo Roscher (1843) que plantea abiertamente un estudio historicista de la política social y Knies ("Economía política", 1852) que asume —parece que desconociendo la metodología positivista de Comte— un criterio análogo a ésta que le distancia de las construcciones tardorrománticas situadas en la antesala del movimiento ahora reseñado. El propio Schmöller recapitularía, en 1888, los antecedentes de la Escuela en "Zur litteratur-Geschichte der Staat- und Sozialwissenschaften".

El "Congreso" de Eisenach

Concordantes en sus propósitos Schmöller, Wagner y Brentano acordaron reunirse con otros colegas (Schäffen, Roschen, Nasse) en Eisenach, ciudad de Turingia, a medio camino entre dos poblaciones cercanas, también emblemáticas en la historia del pensamiento social, como Erfurt y Gotha, los días 5 y 6 de octubre de 1872 al objeto de constituir una asociación impulsora de sus ideas estatistas y anti-liberales que adoptaría la denominación de "Verein Für Sozialpolitik" (Unión —o Círculo— para la Política Social).

La asociación celebraría reuniones anuales y confeccionaría estudios sobre la situación de los trabajadores, así como propondría mejoras sociales a través de la intervención reguladora del Estado. La presidiría, hasta su fallecimiento, en 1890, Nasse, al que sucedería el propio Schmöller.

El texto que presentamos procede precisamente del discurso pronunciado en el acto de clausura por el propio Schmöller y con él pretendía asumir planteamientos generales. Su trascendencia la daría el tiempo y, sin duda, superó a lo inmediatamente percibido.

Resulta significativa la valoración que de los enunciados del discurso de Schmöller dedujeron sus coetáneos, mereciendo la pena citar la reseña del economista francés Henri de St. Marc en un estudio sobre la enseñanza de la economía en Alemania y Austria: "Leyendo atentamente este programa,

descubrimos diversos matices en estas importantes páginas. Se ve una repulsa radical del individualismo, una apología de la burocracia y una glorificación de la libertad. Efectivamente reflejan tendencias diferentes de los principales miembros de la fundación, tendencias que ya habían aparecido en las reuniones preparatorias de La Haya, a las que había que dar satisfacción y que, posteriormente, se han acentuado. Se puede, creemos, resumirlas en tres, la diversificación radical, representada por Adolf Wagner, la tendencia burocrática administrativa, representada por Gustav Schmöller, y la tendencia liberal, característica de Lujo Brentano”.

Tras Eisenach, la crucial década germana de los 70

El período 1871-73 enmarcó un crecimiento desmesurado y desigual de la actividad económica, una “inyección financiera” de las reparaciones de guerra francesa e incluso enormes movimientos de población impulsados por grandes obras en las cuencas fluviales del oeste, amén de una corriente librecambista generadora de grandes diferencias sociales que preparó los ánimos para recibir la apaciguadora “buena nueva” intervencionista y reguladora, la etapa crítica 1873-1879, plena de suspensiones de pagos y catástrofes financieras de toda índole y el largo ciclo 1879-1895 darían lugar a la instalación de los planteamientos schmöllerianos en el consciente económico colectivo. Por ello puede afir-

marse —sin gran atrevimiento— que el discurrir económico “sopló a favor” de las propuestas de Eisenach.

A partir de 1873 se renuncia al librecambismo, surgiendo feroces aranceles protectores de los cereales del Elba así como de los intereses metalúrgicos de Westfalia y Silesia, concluyéndose en el arancel ultraproteccionista que impuso la Ley de 12 de julio de 1879. El sector financiero alcanzó eficaz ordenación a través de la creación del Reichbank por Ley de 14 de marzo de 1873. El ecuador de la década —1875— ve también el arranque del movimiento obrero reivindicativo a través de la reconciliación de marxistas y lasallianos en torno al programa de Gotha, por más que el propio Marx formule una memorable “Crítica” a dicho texto centrada en el para él rechazable concepto de “Estado libre” o neutral, al margen de intereses de clase, de inspiración lasalliana, a cuyo dominio debía aspirar la clase trabajadora para la realización de sus desig-nios históricos.

Estabilizada la situación económica y la política (con la implicación del “Zentrum” en las tareas de gobierno), entre 1883 y 1889, Bismarck construye el sistema de previsión social bismarckiano (seguros de enfermedad, jubilación, defunción y accidentes laborales), sistema que no puede evitar que el movimiento socialista reivindicativo obtenga resultados “preocupantes” para el poder establecido en las elecciones de 1890, dando lugar al disfavor del nuevo Kaiser, Guillermo II (que había accedido al poder dos años antes) que le destitui-

ye. Así, el socialismo, ya en la plena legalidad, caído Bismarck planteó en el Congreso de Erfurt un programa de actuación que mantenía, retóricamente, el maximalismo marxista. La crisis llegaría en 1899, en el Congreso de Hannover, al plantearse la polémica entre los seguidores de Bernstein, que el mismo año había publicado su obra "Las premisas del socialismo", en la que planteaba no sólo el gradualismo táctico, sino el reformismo estratégico y la "vieja guardia" (Belbel, Liebnick) de ortodoxia marxista.

Triunfo y ocaso de Schmöller

En el mismo año de Eisenach, 1872, pasó Schmöller a la recién fundada Universidad de Estrasburgo, donde continuó sus investigaciones históricas (así su importante monografía sobre el gremio de tejedores y pañeros de Estrasburgo en los siglos XIII al XV, 1879). En 1882 tomó posesión de cátedra de economía en Berlín donde desarrollaría el resto de su carrera académica, colaborando en el Claustro con su amigo Adolf Wagner, que no hacía mucho acababa de publicar su obra sobre los impuestos municipales (1879) y con quien mantuvo diferencias por los planteamientos más radicales, en el plano social, de éste. Wagner, concretamente, exigía una intervención positiva del Estado a favor de las clases más desfavorecidas, propugnaba un sistema fiscal avanzado (no en balde es considerado como el fundador de la Hacienda moderna), insistía en la relevancia y objetividad del proceso de distribución de la riqueza y reprochaba a Schmöller su casi patoló-

gica reserva a toda construcción teórica apriorística. Esta reserva, que cobró extrema virulencia (académica), ya había sido puesta de manifiesto en 1875 cuando Schmöller atacó en carta abierta al economista polaco Treitschke, continuada en 1882 por sus ataques a Carl Menger (1840-1921), su colega en el claustro berlinés, cuyos modelos econométricos debían sin duda exasperar a Schmöller y renovada vigorosamente en su obra de 1894 *La economía política y sus métodos al atacar la metodología deductiva de la fecunda escuela marginalista vienesa* originada a partir del magisterio de Leon Walras, a quien atribuía además rechazables (para Don Gustav, de temperamento polemista) tendencias liberales inaceptables.

De una manera u otra, el discurso científico de Schmöller pone de manifiesto la honda melancolía de la burguesía guillermina ante la decadencia de las oligarquías clásicas, gremiales, comerciales (p.e., ciudades hanseáticas) e incluso burocráticas (el propio Schmöller era hijo de un Consejero de Estado prusiano y acabaría siendo yerno de otro Consejero de Weimar) así como el miedo ante la potencialidad revolucionaria de la democracia. Quizás, releer a Thomas Mann ("Los Buddenbrook", 1901; "Consideraciones de un apolítico", 1918) en clave Schmöllleriana fuera experiencia intelectualmente estimulante...

Nunca tentó a Schmöller la política activa, pues como nos comenta uno de sus contemporáneos "carecía de pasión demagógica y también, en absoluto, de vena popular", y aunque

trató académica y periódicamente (los socialistas de cátedra difundían su pensamiento a través de la publicación "Lehrbuch") las cuestiones de máxima candencia en la época (el sufragio, la monarquía, la burocracia, etc) siempre abordó las cuestiones de modo aséptico y en nada pasional. "Veía la creciente democratización como un desarrollo inevitable, pero también necesario y sano. Creía que apoyarla con violencias era tan nocivo como insensato, por lo que se mostraba tan adverso a la legislación socialista como a una política social patriarcalista. Y también, le preocupaban —seguimos a Spiethoff— los peligros de la democracia.

Entre las escasas aportaciones teórica de Schmöller destaca la subrayada por Gustav Cassel (*Economía Social Teórica*, 1918) consistente en el enunciado de la ley de tendencia decreciente del interés así como la puesta de manifiesto del papel primordial de las corporaciones mercantiles en el ahorro, muy por encima del de las capas populares. Como puede comprobarse, ambas percepciones, de evidentes raíces en prolijas observaciones históricas. Asimismo Schmöller, abundando en la teoría del interés, objetivó éste, haciendo derivar la justificación del mismo no del sacrificio por la abstinencia sino de la remuneración por la no disponibilidad, en un claro antecedente de óptica weberiana.

Por lo demás, continuó acopiando materiales descriptivos y estadísticos, respecto a los cuales era tal su exigencia que perjudicó notablemente la elaboración teórica, siempre apla-

zada, lastrando la plasmación del pensamiento schmölleriano, que se concretaba en su actividad docente sin cuajar en una obra de influencia permanente. En sus últimos años se interesó por la sociología y propuso una ciencia unificada de interpretación de la sociedad que aunara la metodología histórica, económica, política, sociológica en una trama omnicompreensiva.

Las reuniones de la "Verein" fueron realizándose puntualmente año tras año, no sin algún sonado incidente, como la división entre "izquierdas" (Wagner) y "derechas" (Schmöller), en atención al subrayado de las implicaciones fiscales y políticas del movimiento, diversas para las sensibilidades existentes. Wagner, con el propósito de significar su disensión se autocalificó como "socialista de estado", para desmarcarse de las limitaciones, cautelas y distingos del discurso schmölleriano. Pronto surgieron seguidores en otros países, como Vivante en Italia ("La penetración del socialismo en el derecho privado". 1903), Rogers en Inglaterra o Scelle o Kenfer en Francia. El momento cenital de la Escuela fue en torno a 1890, perfectamente reflejado en la monografía ya citada de St Marc (1892).

Schmöller, no siempre bienquisto de las autoridades bismarckianas (que le atribuían impropriamente veleidades socializantes, retrasando una década su incorporación a la docencia a la universidad berlinesa) ocuparía sin embargo posiciones relevantes, como Consejero de Estado de Prusia (1884), Rector de la Universidad de

Berlín (1897-1898) e incluso representante en la Cámara Alta del Reich, a partir de 1899. Sus obras emblemáticas, de título "Política social y economía política" (1891) y "Compendio de teoría económica general" (1900), traducido a muchos idiomas, formaría, junto con el de Wagner, "Fundamentos de la economía política" (1ª edición, 1876) generaciones de hombres de gobierno a los que el destino reservaba ciertos infiernos —aún no previsibles— de treinta años más tarde, entre ellos el muy importante Hermann Heller, que acabaría los días de su corta vida sobre el estrado de una clase de la Universidad Complutense en diciembre de 1933.

Justamente, con el inicio de nuestro siglo, el predicamento de Schmöller comienza a erosionarse ante la nueva generación, ya post-bismarckiana y ajena a los problemas "fundacionales" del Reich de los años 70. Max Weber, cuyo discurso de toma de posesión de su cátedra (1895) constituye una memorable requisitoria contra sus antecesores y Werner Sombart (véase su obra de 1897, "Socialismo y movimiento social en el siglo XIX") serán los exponentes de la nueva época. Por otra parte el vituperado (por Schmöller) marginalismo de la escuela de Viena se imponía en todas las universidades del mundo. Ma la cosa.

Schmöller falleció el 27 de junio de 1917, en Harzburg, a los 79 años, cuando la atención del mundo se concentraba en los campos taladrados de Verdún. El mismo año murieron su amigo y cordial adversario Adolf Wagner y, en España, Gumersindo Azcárra-

te, otro reformista social de hondas preocupaciones pedagógicas, en un mundo que ya no era el suyo, y con unos problemas (inflación, desempleo masivo, economía de guerra, ultranacionalismo) que excedía los horizontes de aquella generación de entusiastas de los inofensivos coros de nibelungos y valkirias y ceremoniosos y atildados altos burócratas servidores fieles del Kaiser. Joseph Schmöller, en un memorable artículo de 1926 "Gustav Schmöller und die probleme von heute", reproducido en la recopilación "Dogmenhistorische uns biografische Aufsätze" (Tubinga, 1954) y citado por Recktenwald en su "Historia de la economía política" le comparaba con Alfred Marshall y expresaba una idea que al propio Schmöller sin duda hubiera enorgullecido: "liberaron a la economía de las hipótesis demasiado simplistas y de las soluciones tajantes".

Schmöller en España

La obra central de Schmöller, "Política social y economía Política", fue traducida en 1905 por Lorenzo Benito, catedrático de Derecho Mercantil en Valencia y Madrid (por cierto, tan ecléctico que tradujo también a J.S. Mill) en 1905. Ya el llamado "socialismo de cátedra" había influido en las últimas promociones krausistas y en los positivistas Adolfo Posada o Buylla. La praxis institucional tenía tintes "Schmöllerianos" desde épocas tempranas, tales como 1883, al crearse la Comisión de Reformas Sociales con expresos designios estadísticos e investigadores perfectamente encuadra-

bles en los planteamientos del cate-
drático berlinés.

No obstante, el lastre del organi-
cismo krausista, antiestatalista, dificul-
taría la primera fase receptora, en la
cual, además, la incuria intelectual del
PSOE hasta 1912 privará siquiera de
refutadores eficaces procedentes del
marxismo. Será Fernando de los Ríos,
quien en su obra "El sentido humanis-
ta del socialismo" (1926) y en el prólo-
go de la tercera edición de "Mi viaje a
la Rusia soviética" (1935), que contie-
ne aquella bella definición del ideal so-
cialista como "un mundo de hombres
libres en una sociedad económica-
mente disciplinada", quien muestre
mayores influencias del socialismo de
cátedra, por mucho que sean más
procedentes de Adolf Wagner que de
Schmöller. Coetáneamente, y conjun-
tamente con el "Curso de Economía"
de Charles Gide (7ª edición, 1929) era
ya muy utilizado en la enseñanza uni-
versitaria el manual de Keilwächter,
traducido en 1925 (al tiempo de for-
marse el directorio civil primorriverista)
a partir de su 4ª edición alemana el
cual constituía un auténtico monumen-
to reverencial a la escuela schmölle-
riana, explícito desde su mismo prólo-
go, donde llega a la cierta exageración
de que en la economía política hay un
antes y un después de Eisenach. Para
la época, ya Schmöller estaba en el
que pudiéramos llamar "disco duro"
del pensamiento político moderno.

Reflexión final

Podemos preguntarnos: ¿Fracasó
el "socialismo de cátedra"? Sí, en cuan-

to sistema de ideas, incapaz de dar
respuesta a la crisis incubada desde
1900 y que explotó en los calores de
agosto de 1914 y los fríos de noviem-
bre de 1917. No fracasó, sin embargo,
en su percepción de que el Estado es-
taba llamado inexorablemente a asumir
una responsabilidad protagonista en la
vida económica por encima de plantea-
mientos ideológicos. Hoy, pasado siglo
y cuarto de aquel otoño de Eisenach
—patria, por cierto, de armonías no so-
lo sociales sino musicales, como las de
Pachelbel y de la familia Bach— pode-
mos decir que el "Socialismo de cáte-
dra" ha sido absorbido por la praxis po-
lítica y por la metodología económica y
que forma parte de la arquitectura mis-
ma del estado occidental.

Ciertamente, el enfoque schmöl-
leriano está teñido de un moralismo al
que repugna la mercantilización del
hombre inherente al liberalismo eco-
nómico y de una serie de prejuicios
anti-teóricos que esterilizaron el alcan-
ce de su obra en gran medida. Asimis-
mo, Schmöller ignoró las implicacio-
nes burocráticas del crecimiento esta-
tal y el predominio del sector financie-
ro sobre el productivo en las moder-
nas estructuras económicas, pero sí
intuyó el protagonismo al que estaba
llamado el Estado, a través de la regu-
lación de la actividad económica, en
un momento de tan universal enemiga,
conservadora y también socialista,
contra los poderes públicos, y su firme
(aunque quijotesca) protesta contra el
amoralismo capitalista redime los ex-
cesos y sitúa a Gustav Schmöller co-
mo un patriarca de la política social.

Fragmento del discurso de Schmöller de 6 de octubre de 1872 en Eisenach en el acto fundacional de la “Unión para la Política Social”

(Henri de St Marc (1892) “Etude sur l'enseignement de l'economie politique dans les universités d'Allemagne et d'Autriche”, en REVUE D'ECONOMIE POLITIQUE, 1892, to-me VI)

“... La mayoría de los firmantes de la convocatoria de la reunión de esta asamblea, profesores de economía política, de historia, de jurisprudencia, directores de las principales oficinas de estadística (...) (Nasse, Engel, Brentano, Schwabe, Miquel, Schussmacher, Schonberg, Roscher, Hildebrand, A. Wagner, Knapp, Mithoff, Conrad, Eckardt, Schmöller), establecen los mismos principios, y así, animados por ello, se deciden a dar este paso.

Están de acuerdo en una concepción del Estado, tan alejada del dominio del derecho natural del individuo y de su voluntariedad, como de la teoría abstracta de un poder central que absorbe todo. Colocando al Estado en el curso de su evolución histórica, convienen en que sus deberes, según los grados de civilización, son ora más exiguos, ora más amplios, nunca le representan, tal como lo hacen el derecho natural y la Escuela de Manchester, como un mal necesario que debe reducirse en lo posible: para ellos, el Estado es siempre la gran institución

moral de educación de la humanidad. Abiertamente comprometidos al sistema constitucional, no quieren un dominio alternante de las clases que se entregan a la lucha económica; quieren un Estado fuerte, que, situándose por encima de los intereses egoístas de clases, dicte las leyes, dirija la administración con pulso firme, proteja a los débiles, eleve a las clases inferiores; ven en la lucha dos veces secular que la administración (Beamtenhum) y la realeza prusianas han mantenido por la igualdad de derechos, por la supresión de privilegios y prerrogativas de las clases altas, el legado más apreciado del Estado alemán, al cual debemos fidelidad.

En la evaluación de nuestra situación económica, están lejos de negar los brillantes y sorprendentes progresos de nuestra época en cuanto a técnica y producción, comercio y comunicaciones, aunque reconocen los grandes abusos, la ilegalidad creciente de las rentas y patrimonios, la deslealtad, la improbidad de algunos círculos de comercio, la brutalidad y el atrevimiento, consecuencias de causas generales, que aparecen en las clases inferiores. Encuentran la razón principal de este hecho en que en los últimos tiempos, cuando se producía una nueva transformación de la industria, de las instituciones, del contrato de trabajo, o en la legislación de estos temas, se cuestionaba solamente: “¿se aumentará la producción?”, y no, cuestión igual de importante, “¿qué reacciones producirá en los individuos? ¿contendrá la nueva organización un apoyo suficiente para la producción de

factores morales, sin los cuales la sociedad no sabría subsistir? ¿influirá en la educación de la juventud? ¿repercute en los adultos, de manera que el progreso, economía, honradez, vida de familia, sea verosímelmente paralelo al progreso económico? Están convencidos de que el desconocimiento de este beneficio psicológico, entre las formas orgánicas de la Economía social y todo el estado moral de una nación, es la raíz del mal, y que el principio de la reforma está en el reconocimiento de una relación paralela.

Su juicio respecto a las cuestiones obreras se funda en esas consideraciones. Están de acuerdo en que los trabajadores están hoy mejor vestidos y alimentados; que hoy muere muchísima menos gente de hambre que en siglos pasados. Pero para ellos esto constituye un pobre consuelo. Preguntan, en primer lugar, si las condiciones de vida que tienen hoy la mayor parte de los obreros, constituyen para ellos, de forma verosímil, un progreso moral y económico; se les responde negativamente, al menos en lo que concierne a una gran parte de los trabajadores. Por el contrario, ven a los trabajadores en una oposición cada vez más marcada respecto a las clases cultas y pudientes, y lo que les parece más peligroso: no es tanta la diferencia económica sino su disociación en cuanto a moralidad, educación, costumbres e ideales. Recuerdan la historia y que las civilizaciones más importantes como los griegos, romanos y otros pueblos, han sucumbido por contrastes semejantes, por la lucha de clases, revoluciones sociales

e incapacidad para encontrar una conciliación entre las clases más altas y las más bajas. Aunque muy lejanos, perciben parecidos peligros para nuestra civilización si no llegamos, en el terreno de nuestra igualdad de derechos, de nuestra obligación universal a la educación y al servicio militar, así como en el terreno de las grandes reformas, en las que se trabaja actualmente, a formar, a educar, a reconciliar a las clases inferiores, de manera que se integren apacible y en armonía en la estructura social y del Estado.

La nivelación, en el sentido socialista de la palabra, no es nuestro ideal social, somos partidarios de una sociedad más moral y mejor constituida, que ofrezca una escala de diferentes condiciones, pero con acceso fácil de un escalón a otro. Nuestra sociedad actual, por el contrario, conmina cada vez más a parecerse a una escalera en la que, ya sea arriba o abajo, los peldaños estén próximos, pero en la que faltan cada vez más los intermedios, de manera que no hay estabilidad más que en los peldaños extremos.

Descontentos de las ventajas sociales actuales, convencidos de la necesidad de una reforma, no preconizamos, no obstante, ninguna revolución de la ciencia, ningún cambio de las condiciones actuales, protestamos contra todo experimento socialista. Nos consta que los grandes progresos de la historia son el resultado de un trabajo secular, y que, siempre, lo que se contrapone a los cambios es un fuerte obstáculo, casi insuperable, precisamente porque lo que es, toma su raíz en el carácter y los hábitos de

vida de la masa. Reconocemos que la normativa económica, fórmulas de producción, resultados de educación y psicológicos de las diferentes clases sociales, son la base de la reforma y el punto de partida de nuestro movimiento, pero no por eso renunciamos a la reforma, a la lucha por la mejora de las condiciones sociales. No queremos ninguna remoción de la libertad de la industria ni de los salarios, y no queremos tampoco, por amor a un principio doctrinario, sufrir o dejar que crezcan los abusos escandalosos: exigimos una legislación completamente moderada, pero llevada a cabo con pulso fuerte, exigimos la más completa libertad para que los trabajadores se reúnan a fin de establecer las bases de sus contratos de trabajo, aún cuando impongan exigencias que, aparentemente tengan una cierta analogía con las viejas corporaciones. Exigimos que, en todas partes la libertad sea controlada por la publicidad y que, allí donde la publicidad falte, el Estado se encargue de las encuestas y, sin comprometerse en el intento, publique los resultados. Bajo este punto de vista, deseamos una inspección de las fábricas, una oficina de control de los bancos y de las aseguradoras, reclamamos, sobre todo, encuestas sobre la cuestión social. No pedimos que el Estado dé dinero a las clases inferiores para experiencias engañosas, sino que queremos que se ocupe, cosa que no ha hecho hasta el presente, de su educación; deseamos que se preocupe de saber si la clase obrera disfruta de buenas condiciones de habitabilidad y de trabajo.

Creemos que una gran desigualdad de fortunas y ventajas, que una lucha encarnizada de clases debe, con el tiempo, destruir todas las constituciones política y exponernos de nuevo a los peligros del gobierno absoluto. Pensamos que el Estado no sabrá permanecer indiferente a esta consideración.

Requerimos del Estado, así como de todas las sociedades e individuos que quieran luchar por los deberes sociales de nuestra época, que se dejen conducir por un gran ideal. Este ideal no puede ni debe ser otro que hacer participar a una parte, cada vez más numerosa, de nuestro pueblo, de todos los bienes aportados por la civilización, educación y bienestar, ésta ha de ser, en el mejor sentido de la palabra, la tarea democrática de nuestro proyecto, lo mismo que parece ser el fin principal de la historia del mundo.

Y ahora, ya está bien. No deseamos hoy tratar cuestiones de principio, sino abordar problemas prácticos. Pero parece útil, que antes de entablar los debates, se expongan legal y claramente los principios que han movido a la celebración de esta reunión". (aplausos) [traducción de M-L B.A.]

Bibliografía

(Se cita, entre paréntesis la fecha de las primeras ediciones, al margen de la traducción o edición reseñadas)

- BELTRÁN, Lucas (1960) Historia de las doctrinas económicas, Teide, Barcelona.
CASSEL, Gustav (1918) Economía Social Teórica. Aguilar, Barcelona, 1946.
COLE, D.H. (1975) Historia del pensamiento socialista, México, FCE, 8 vols.

Carlos PLA BARNIOL

- COTARELO, Ramón (1987) Origen del estado de Bienestar, en *Sistema* 80/81, págs.
- DROZ, J. (1970) *Histoire d'Allemagne (1789-1871)*, P.U.F., Paris.
- HEILBRONER, Robert L. (1955) *Grandes economistas*, Madrid, Alianza.
- HINZTZE, Otto (1928) Gustav von Schmöller (en Recktenwald, op. cit.).
- RECKTENWALD, Horts (1973) *Economía política: una perspectiva histórica*.
- RÍOS, Fernando de los (1926) *El sentido humanista del socialismo*.
- RÍOS, Fernando de los (1922) *Mi viaje a la Rusia soviética*, 3ª edición, 1935.
- RODRÍGUEZ, Federico (1979) *Introducción a la política social*, Civitas, Madrid.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1954) *History of economic analysis*. Londres.
- SPIEHTOFF, Arthur (1918) Gustav von Schmöller (vid. Recktenwald, op. cit.).
- ST. MARC, Henri (1892) *Etude sur l'enseignement de l'économie politique dans les universités d'Allemagne et d'Autriche*, en *Revue d'Economie Politique*, 1892, tome VI).
- VV.AA. (1982) *Historia contemporánea*.
- WEBER, Max (1895) *Discurso de toma de posesión de cátedra* (en *Escritos políticos*, Alianza, Madrid, 1991).

Carlos PLÁ BARNIOL
E.U.T.S. (UCM).